
Sección bibliográfica

Gerrit Huizer: *The Revolutionary Potential of Peasants in Latin America* (Lexington, Mass.: D. C. Heath, 1972).

Comencé a leer este libro con entusiasmo. Desde las primeras páginas, el autor declaró la guerra contra el punto de vista convencional sobre el campesino como un imbécil, conformista, no rebelde y sin motivaciones. Es más bien lo contrario, dice Huizer; el campesino en realidad es muy astuto y su apariencia externa es un disfraz, es una manera de defenderse contra un ambiente opresivo. El campesino es rebelde, y en circunstancias adecuadas tomará las armas contra la injusticia y la opresión. Aparte de mis simpatías ideológicas, considero que la promesa más importante de este libro es la posibilidad de unir dos series de factores aparentemente contradictorios: a) por una parte, encuestas de actitudes, estadísticas electorales, observaciones personales, estudios antropológicos y otros, describen a los campesinos como seres tradicionales, que no participan, conservadores, etcétera; b) por otra parte, la mayor parte de las revoluciones sociales contemporáneas se han basado en los campesinos o han tenido un fuerte componente de ellos.

Juntar estas dos series de hechos con una explicación coherente sería un logro importante.

Los primeros capítulos hicieron justicia a lo que de ellos se esperaba, pero a medida que el lector avanza, aumenta el sentido de desilusión. El libro está lleno de contradicciones. Las pruebas de Huizer contra el punto de vista tradicional del campesino no eran ni estadísticas ni históricas; se derivaban de la experiencia personal. Pero su experiencia directa es muy poco relevante para sus objetivos específicos: nunca se dio en una situación revolucionaria. La opinión se presenta constantemente como un hecho, y las explicaciones no tienen contexto histórico. En realidad, no se toman en cuenta los análisis históricos más importantes de la estructura agraria, al igual que los intentos de explicar los movimientos campesinos. Para quien trata las revoluciones con una base campesina, es sorprendente que el trabajo de Barrington Moore ni siquiera aparezca en la bibliografía; para quien enfatiza los movimientos campesinos y las "estructuras feudales" es también sorprendente que no se haya fijado en *Guerriers et Paysans* de Duby. El hecho de que el autor subraye la especificidad del fenómeno latinoamericano y que se

rehuse a hacer generalizaciones históricas muy amplias no explica las omisiones, ya que también faltan notablemente obras importantes de estudios latinoamericanos. Incluso faltan por mencionar estudiosos que han hecho contribuciones importantes al análisis de los movimientos campesinos y la estructura agraria en América Latina. Entre ellos, mencionaría a Antonio García, quien ha estado investigando y escribiendo sobre los campesinos latinoamericanos durante varias décadas. No se trata de pagar tributo a los escritores latinoamericanos, pero tampoco de no considerar sus contribuciones.

Una de las mayores contradicciones del libro tiene que ver con el concepto mismo de campesino. Si Huizer se hubiera planteado la perspectiva histórica, el concepto de campesino tendría sentido. Pero no lo hace. Su trabajo no es ni histórico ni estructural. Se basa en estudios particulares, con mucho énfasis sobre las relaciones entre campesinos y terratenientes y sobre la estructura de poder *local*. Es mucho menos abstracto y mucho más concreto que, por ejemplo, el estudio de Barrington Moore. Pero en este nivel de concreción, el concepto de campesino pierde mucho sentido; también en este nivel el trabajo de gente como Antonio García es especialmente relevante. Los movimientos campesinos no siempre triunfan de la misma manera ni toman formas parecidas, según si se basan en trabajadores agrícolas casi migrantes, como los afuerinos chilenos, o si se basan en pequeños propietarios o en conuqueros. En este nivel de concreción y especificidad, se necesita una tipología de campesinos latinoamericanos. A esta necesidad se alude varias veces en el libro, en especial cuando el autor analiza el movimiento en La Convención y enfatiza las grandes diferencias entre

los arrendires, allegados y jornaleros, así como el gran esfuerzo de los organizadores para evitar conflictos internos sobre la base de posición de clase.

Este aspecto ha tenido mucha importancia en los estudios acerca de la reforma agraria en Chile a partir de Frei. Una tipología de posiciones de clase también requiere una tipología de relaciones de trabajo. Dado el nivel de concreción con la que opera el autor, sería muy importante saber en cada caso si se trata de trabajadores asalariados, aparceros, etcétera. Una vez más debemos indicar que el autor trató con atención este aspecto. La incapacidad para tomar en consideración sistemáticamente los diversos tipos de campesinos que existen en América Latina, sin embargo, con frecuencia obliga al autor a usar el concepto de campesino aún después de haber especificado subtipos más precisos.

Hay muchos errores en la ortografía de términos en portugués, inclusive los nombres de autores. También hay varios datos equivocados. Así, por ejemplo, en la página 127 se dice que "por primera vez (fue elegido) un alcalde para Recife que no representaba a los terratenientes conservadores", y se implica que este fenómeno fue reciente, relacionado con las alianzas de la Liga Campesina con grupos urbanos. Cualquier científico político brasileño podría haberle dicho al profesor Huizer que Recife ya se conocía como ciudad "roja" mucho antes que se crearan las Ligas Campesinas. Por ello, en 1945 y 1947, las únicas dos elecciones en que pudo competir el Partido Comunista Brasileño, Recife (y otras capitales del Noreste) dieron a ese partido un voto considerable. En 1945, el P.C.B. obtuvo el voto más alto en Recife, ya que era el partido mayoritario en cinco de los siete distritos

electorales (*zonas eleitorais*): primero, segundo, quinto, sexto y séptimo. Por lo tanto, no parece lógico atribuir a la influencia de la Liga Campesina la existencia de una votación liberal o izquierdista en Recife; tampoco se puede decir que el Congreso para la Salvación del Noroeste haya sido crucial en provocar el regreso a las mismas actitudes, diez años después.

El libro también está plagado con aseveraciones subjetivas que también minan la confianza del lector. Por ejemplo, en la página 150, se lee que "en la sociología del conflicto es un hecho conocido el de que es más fácil formar un grupo cuando hay una gran fuerza de oposición, que formar un grupo cuando no hay oposición"; esto tiene una nota al pie de página que refiere al libro teórico de Lewis Coser, *The Functions of Social Conflict*.

Intuitivamente, su aseveración parece correcta, pero asegurar que esto es un hecho conocido es integrar las corazonadas y el sentido común sociológico al conocimiento. Algunas líneas más adelante, se lee que la capacidad interna para formar grupos de iguales, tanto como la disensión interna con frecuencia desaparecen frente a un enemigo común. Éstas y muchas otras aseveraciones son conjeturas sociológicas, como lo son muchas de las ciencias de la conducta, y no debería otorgárseles la posición epistemológica de datos comprobados. El libro tiene demasiadas conjeturas de este tipo, que no se presentan como lo que son —conjeturas—, o parafraseando científicamente "hipótesis", sino como datos comprobados.

Una importante crítica "externa" del libro tiene que ver con su incapacidad para considerar los movimientos campesinos en el contexto de la *estructura* agraria. Sin ésta, surgen

muchas conclusiones "intuitivas" que simplemente están equivocadas. Por ejemplo, en repetidas ocasiones se encuentra en el libro la aseveración de que las huelgas campesinas son muy perjudiciales para el terrateniente, mientras que no afectan al campesino en absoluto. O bien, como dice el autor en la página 169, "en la huelga de brazos caídos del campesino, las desventajas no se dan de lado del campesino, sino del de sus opositores. Los campesinos tienen más tiempo para trabajar su porción de tierra de subsistencia". Esto no tiene ninguna garantía: una parte importante de las investigaciones sobre la composición de los ingresos de campesinos muestra que, en el caso de los minifundistas, el ingreso que proviene de su propia tierra es *insuficiente* para absorber productivamente al campesino y a su familia durante la mayor parte del año, y que tampoco alcanza para proporcionarle a él y a su familia una norma de vida mínimamente adecuada. Por lo tanto, el campesino *necesita* el ingreso adicional que proviene de su trabajo para el terrateniente, tanto como cualquier otro ingreso que logre obtener la economía doméstica de su familia. Así, la situación no es tan parcial como la considera Huizer, y los campesinos generalmente necesitan apoyo para una huelga continua. Obviamente, tales consideraciones no se pueden aplicar a un campesino que tiene suficiente tierra para absorber su trabajo y el de su familia; pero, al mismo tiempo, estos pequeños rancheros probablemente tampoco trabajan por un salario bajo fuera de su propia tierra, ya que ganan más trabajando de manera independiente.

La importancia de este libro es que abiertamente reta lo que era ya un mito, y un mito peligroso porque está tan difundido: que el campesino es un tipo social apático y no rebelde.

Sus defectos no deberían disminuir su importancia. Es un libro relevante, cuya lectura exige en mis cursos sobre América Latina, y que debería leer cualquiera que se interese en América Latina. Sin embargo, el libro podría ser mejorado en muchos aspectos y merece una segunda edición bien revisada. Si el autor, como yo creo, tiene un compromiso permanente con la causa de la justicia social en el sector agrario latinoamericano, se puede esperar más y mejor.

Gláucio Ary Dillon Soares

Uribe Villegas O. *et. al.*: *La Sociolingüística actual*. Algunos de sus problemas, planteamientos y soluciones. Editor Oscar Uribe Villegas. IIS UNAM, México, 1974, pp. 420.

Oscar Uribe Villegas ha dedicado desde 1968 la mayor parte de su tiempo al estudio de los problemas sociales en relación al lenguaje y a los problemas lingüísticos en relación con lo social así como a las posibilidades que la nueva disciplina, la sociolingüística ofrece para su estudio y soluciones.

Tanto como investigador, como formador de nuevas vocaciones, puede decirse que es un innovador en México en el área que ahora cultiva preferentemente. De su vasta producción (títulos tantos editados dentro como fuera del país), acaba de salir esta interesante publicación bajo los auspicios del Instituto de Investigaciones Sociales, del cual es miembro prominente. En ella participó como editor y colaborador.

Como editor buscó la participación de distinguidos especialistas: Giuliano Di Bernardo, Genevieve Calame-Griaule, Marcel Cohen, Jeffrey Ellis,

N.S. Gupta, Juan A. Hasler, Einar Haugen, Abbes Lahlou, Tatiana Slama-Cázacu, Valter Tauli y Jean Ure, para que expusieran algunos problemas actuales de la sociolingüística, y como colaborador hizo un extracto de sus publicaciones anteriores sobre la materia a fin de facilitar al lector novel la comprensión de los temas tratados en el libro, en esta parte se observa la claridad de sus concepciones sobre la problemática sociolingüística.

El libro está estructurado de manera tal que se sigue una secuencia en los temas tratados lo que permite realmente mostrar —como lo sugiere su título— lo que es la sociolingüística actual, algunos de sus problemas, planteamientos y soluciones.

En la primera parte, Marcel Cohen hace una revisión histórica de la lingüística en su íntima relación con lo sociológico, cuyos inicios los remonta a principios del siglo con los escritos de Meillet, lingüista que supo relacionar las aportaciones del distinguido lingüista ginebrino Saussure con las del brillante sociólogo francés Durkheim, y planteó la correlación que existe entre los hechos lingüísticos y los hechos sociales.

A mediados del presente siglo se agudizó la inquietud por los problemas sociales del lenguaje y fue así como proliferaron las publicaciones sobre el tema. Entre las más relevantes de esa época están la de Alf Sommerfelt (discípulo de Meillet): *Language society and culture* (1954) y la del propio Cohen: *Materiaux pour une sociologie du langage* (1956). Aunque en ellas el término de sociolingüística no aparece, sí se observa la inquietud por determinar la relación sociológica de los hechos del lenguaje. En realidad la palabra "sociolingüística" cobra fuerza por vez primera cuando Fishman la usó en el Sexto Congreso Mundial de Sociolo-